

Mirada española sobre Túnez

La opinión francesa ha dado la respuesta adecuada a la histórica manifestación de unos diputados fascistas en el Parlamento doméstico de Mussolini. Respuesta serena desde el Gobierno, con el anuncio de un próximo viaje del señor Daladier a Córcega y Túnez; enérgica en la Prensa, negándose a entablar debate sobre las reivindicaciones Italianas; vibrante de entusiasmo francés en las poblaciones amenazadas por el delirante imperialismo romano; irónica y sonriente en el Barrio Latino, donde los estudiantes han reclamado para Francia, en burlesco cortejo, Venecia, especialmente las bellas venecianas, y el Vesubio, y han pedido, además, la incorporación de Italia a Córcega, y no al contrario como sueñan vanamente los coristas de Ciano.

Es natural que Francia no haya perdido la cabeza ante la teatral reclamación fascista. Los únicos que acaso la hayan perdido—como demostración de que les servía para poca cosa—son los agitadores nacionalistas franceses, que por simpatía ideológica con el fascismo y odio a la democracia, se habían convertido en paladines de la amistad política con el "Duce". La posición actual de los Daudet, Maurras, Dominique y Beraud es, en este trance, absolutamente grotesca. Amargos deben ser también las reflexiones de los políticos franceses que confiaron en el efecto sedante del envío de un embajador al Quirinal, ya que en presencia del propio señor François Perret se desarrolló la escena parlamentaria.

Escena de espejo pento fascista, que Francia no ha convertido en drama porque conoce la impotencia de los vociferantes. Una cosa es sentirse conquistador en Montecitorio y otra muy distinta enfrentarse con el Ejército francés en los Alpes o en la frontera tunecina.

Más le ha dolido a Francia la sobriedad con que el señor Chamberlain aludió en los Comunes a la ausencia de obligaciones británicas con respecto a una eventual agresión italiana. La declaración del primer ministro inglés es literalmente exacta. Ningún compromiso formal une a las dos grandes democracias ante esa lejana posibilidad. La alianza francoinglesa mira al Rin y no a los Alpes. El Quai d'Orsay y el Foreign Office no han intentado nunca matar moscas a cañonazos; y para asegurar la frontera alpina basta la gendarmería francesa. Pero en su discurso ante los corresponsales extranjeros—con ausencia, bien significativa, de italianos y alemanes—el señor Chamberlain ha desvanecido aquel mal efecto, precisando que las relaciones de su país con Francia van mucho más allá de los tratados firmados. Es posible que cualquier otro gobernante inglés—Baldwin, por ejemplo—hubiera llegado a decir que los intereses de los dos países en el Mediterráneo son solidarios.

Solo con tal declaración terminante podría ponerse fin a las declamaciones y fanfarronadas fascistas, que son la expresión escandalosa, aunque impotente e histórica, de un grave problema de equilibrio político en el Occidente europeo, en el fondo del cual sangra el drama español. Los gritos de los diputados fascistas solo pueden ser considerados como clarinazos para anunciar ambiciones irrealizables o como anticuarios del "chantage" mussoliniano sobre España, en vísperas de la visita del señor Chamberlain a Roma.

Para Francia—y habrá de serlo también para su aliada insular—el problema de Túnez es la prolongación del problema español. O, mejor dicho, Túnez y España son factores de un mismo problema mediterráneo. No parece un hecho fortuito la presencia actual en la Residencia general tunecina de persona tan conocedora de la cuestión española como el señor Labonne quien con tacto exquisito e inteligente lealtad representó últimamente a Francia en nuestro país. La opinión española tiene hoy puesta su vista en Túnez, como en un frente lejano. Nuestra República no debe de estar allí ausente.